Siglo Futuro y de *La Fe*, no incompatibles todavía en aquellos tiempos, si bien ya muy esquinados y torcidos; como que no tardarían en arrojarse los platos á la cabeza. Estos eran los ecos de la tertulia para un espíritu desapasionado y observador; no así para el viejo maniático, que no podía explicarse semejantes rumores sino atribuyéndolos á alguna ocupación ilícita, perturbadora y completamente extralegal.

Una noche, sobre todo, llegó su excitación al paroxismo, á causa de un suceso inexplicable para él y que ocurrió en el misterioso conciliábulo. Antes de referirlo, conviene advertir que los asiduos cortesanos del señor Boína, gente moza y de festivo genio, iban cansándose de hablar y oir todas las noches las mismas cosas; y encontrando que la tertulia pecaba de soporífera, trataban de animarla con bromas y jugarretas. En los primeros tiempos se habían portado con gran formalidad, mostrando sumo respeto al patriarca; pero así como los sacristanes acaban por familiarizarse con las imágenes y ob-

jetos sagrados, y andar entre ellos como andarían entre cacharros ó espuertas, ya los tertulios de Don Juan no veían en él al figurón respetable de su partido, sino al viejecito chocho, con cuyas ideas estrambóticas se divertían en grande. Era aquella una generación nueva, no educada para venerar, ó al menos infiltrada de ese virus de libre examen que funda la veneración en la crítica: que si venera, quiere saber por qué, y á quien en último término sólo se imponen positivamente la inteligencia y el vigor. Así es que la casa de Don Juan, poco á poco fué convirtiéndose para ellos de santuario en entremés, y cada día ideaban una diablura diferente para solazarse á cuenta del pobrecillo. Empezaron por tomarla con la criadita del señor Don Juan, recomendada de un canónigo, que tenía la voz monjil y el andar muy repulgado; que saludaba diciendo "¡Ave María purísima!„, y que era, en opinión de Don Juan Boína, la suma de las virtudes y el paraninfo de la castidad: flaqueza de juicio frecuente en los viejos que toman á su servicio muchachas. Para

quemarle la sangre al señor Boína, nada como decirle chicoleos á su Verónica. "Es un cargo de conciencia, señores„—gruñía, poniéndosele la nariz colorada como el moco de un pavo.—"¿No comprenden Vds. que esa muchacha es la inocencia misma; que perturban Vds. su virginal corazón? ¡Una chica que se proponía entrar monja, y ha dejado el convento para servirme! ¡Buen ejemplo y buena seguridad la que disfruta bajo mi techo! Señores, esto no puede seguir así. Al que le diga algo atrevido á Verónica... se le expulsa, señores, se le expulsa.„—Con esta orden draconiana tuvieron materia de diversión para rato. Es de saber que el señor Boína era el más desgraciado mortal del mundo cuando le faltaba un tertuliano; y hubo de observar con disgusto que alguno de ellos no parecía en tres ó cuatro días por la tertulia.—"¿Qué tendrá el señor Don Feliciano Mosquera? ¿Estará enfermo?„—Guardaban silencio los cómplices, hasta que, apremiados por las preguntas y la aflicción del señor Boína, bajaban la cabeza y contestaban como avergonzados:—

"Señor Don Juan, Mosquera no se atreve á ponerse delante de V... Tuvo la desgracia de echarle flores á Verónica... y como V. ha sentenciado á expulsión al que en tal error incurriese...„—Esta explicación la daba con aire gazmoño y voz contrita el joven abogado Martín Gómez Canido, el tertuliano de aspecto más modesto y formal, y en el fondo el más terrible guasón de cuantos mareaban al patriarca. Y Don Juan solía contestarle, echándola de magnánimo:—"¡Jesús, María Santísima... qué frágil es la humana naturaleza! En fin, por esta vez, dígale al señor Mosquera que venga, que le echamos muy en falta... Pero con condición de que no reincida. ¡Si reincide!...„

Agotada ya la vena de los requiebros á la sirviente, discurrieron otra humorada sobre el mismo tema, y fué asegurarle á Don Juan que su criada estaba ferida de punta de amor por él, lo cual la traía á mal traer, llena de escrúpulos y con el alma toda acongojadica.—"Señor Don Juan, V. no sabe lo que es una muchacha sensible. Claro: la ponen á la infeliz al

borde del abismo; la traen á vivir en compañía de una persona como V., con ese prestigio y esa fascinación que ejerce sobre cuanto le rodea; me la colocan, como quien dice, sobre el barril de pólvora... y no quieren que salte. Señor Don Juan, tiene V. sobre su conciencia un gran peso. Ha envenenado V. la existencia de esa desgraciada. Antes de conocerle á V. sólo pensaba en Dios, y ahora... figúrese V. en lo que pensará.„—A lo que respondía Don Juan, cayéndosele la baba en hilos hasta la pechera:—"Son Vds. unos exagerados, señores. Una joven tan virtuosa no deja fácilmente que se le apoderen de las potencias las pasiones desenfrenadas. Con las prácticas cristianas de Verónica... pues, vamos, no puede ser. Yo no digo que no tenga su sensibilidad lo mismo que cualquiera: todos somos... en fin, somos mortales, no somos nada; pero la virtud siempre se levanta por encima de las asechanzas de esta carne maldita...„—Viendo los empecatados bromistas la credulidad del buen señor, recargaron el cuadro.—"Señor de Boína... mucho sentimos dar á V.

una mala nueva... pero el cariño que le tenemos nos obliga... Nosotros debemos velar por su buena fama de V. No conviene que el ilustre jefe del partido tradicionalista se vea tildado...„—Aquí el señor Boína fruncía el sobrecejo, se echaba atrás con dignidad y articulaba con énfasis:—"Vds. dirán, señores.„—"Pues se trata de que con motivo de esa pasión que por V. siente la infeliz Verónica... anda por ahí cada cuento y cada chisme y cada historia... imponente.„—"¿Qué me dicen Vds señores? Yo no sé lo que me pasa...¿Están Vds. seguros?„ —"¡Toma!—replicaba Martín Gómez,—¡que si estamos seguros! El director de *El Pimiento Picante* nos enseñó hasta el proyecto de caricatura que va á publicar contra V. Sale V. de *Fausto* y Verónica de *Margarita*. Por supuesto que, si tal hace, le rompemos un alón; pero el escándalo... el escándalo no se evita.„—"Pues el escándalo es lo que conviene evitar, señores...„—Y Don Juan, dejando caer la cabeza, incrustando la quijada en el pecho, desmayando la fisonomía, pareciera efectivamente un buho

atontado si no le faltasen los redondos ojos melancólicos que dan á esta ave nocturna aspecto tan grave y reflexivo. No inspiró lástima á los bromistas la actitud doliente del patriarca; lejos de eso, continuaron poniéndole la cabeza como un bombo, refiriéndole murmuraciones de vecindad y supuestos planes maquiavélicos de los librepensadores marinedinos, á fin de sorprender en malos pasos al mayor enemigo del liberalismo en Marineda: al eximio Don Juan.—"¿A que no sabe V.—insinuaba Gómez Canido bajando los ojos, como siempre que iba á soltar una gran bellaquería,—quién propala todas esas especies ofensivas para el decoro de V., y en general de nuestra comunión? Y claro, viniendo de tal origen, las cree todo el mundo... figúrese. ¿No sospecha V. á quién me refiero?„—El señor Boína, relampagueando con los ojos, alzaba el índice y lo movía de arriba abajo, pronunciando al mismo tiempo:—"Ya estoy, ya... Ese galafate del piso segundo...„—"¡Ajá! Justamente. Don Pedro del Morrión es quien corre la voz de que si V. y Verónica...„—Gómez completaba la frase poniendo horizontales los dos índices de la derecha y la izquierda, y dando en la yema del uno con la del otro repetidas veces.—"Hombre—articulaba al fin el señor de Boína,—á ese bicho malo convenía... sí, convenía que Vds... me lo desalojasen de ahí. Si les he de ser á Vds. franco... yo no estoy enteramente tranquilo con semejante vecindad. Una calumnia... como Vds. dicen muy bien... procediendo de un inquilino de la misma casa... rueda y se divulga y tiene autoridad.„—"Que sí se lo correremos á V. de ahí. ¡No faltaba otra cosa! ¡En la misma casa de nuestro ilustre jefe ese revolucionario! No, no... déjelo V. de nuestra cuenta.„

Así estaban los dos inveterados enemigos, rebosando indignación, refrescadas sus antiguas discordias por la proximidad, y atravesando con su ira el piso de carcomidas tablas que los separaba: la suerte que sus miradas no eran lanzas ni puñales; que si no, poco hubieran tardado en clavarse, pasando la débil valla, en ambos cuerpos.

En tal ocasión fué cuando los tertulianos, cansados de revolverle al señor de Boína armarios y alacenas para sacar á luz estrambóticas antiguallas; de hacer rabiar á Verónica en la cocina robándole los postres ó escondiéndole el vino; de atarle al gato latas en el rabo, y de volver los cuadros cara á la pared, idearon cierta infantil travesura, más propia de chicos del Instituto que de hombres barbados; y fué meter una rata enorme, de las que en Marineda se llaman *lirios*, en una cajita de madera, que sellada y precintada hicieron entregar por un mozo, diciendo que era un encarguito venido por la diligencia compostelana. La orden fué que el encargo se trajese cuando estuviese reunida toda la tertulia; y mientras Don Juan sostenía la cajita en las manos sin resolverse á abrirla, dando vueltas al rótulo y discurriendo, según costumbre, si el regalo sería del señor Penitenciario de Lugo ó del primo Jacinto María, los tertulianos se empujaban con el codo y ahogaban la risa pellizcándose las manos ó mordiéndose los labios. Por fin, Don Juan

determinó abrir con gran prosopopeya la caja, y ¡pif! saltó la rata hecha un basilisco, arrastrando más de treinta varas de bramante delgado con que le habían atado una patita, y á cuyo extremo opuesto estaba sujeta la caja. Es indecible la confusión y algarabía; los chillidos de Don Juan, que tenía un miedo cerval á las ratas; las carreras de los tertulianos para atrapar al animalejo; los brincos y fuga desesperada de éste; sus ascensiones á los muebles más altos; su refugio tras de una cortina; su trágica muerte á espadín, que fué el arma que más pronto se hubo á mano en el arsenal del señor Boína...

Arriba, Don Pedro del Morrión, con el oído pegado al piso, el corazón en prensa y la respiración anhelosa, no podía darse cuenta del motivo de tan tremenda algazara.—"A alguno persiguen, es evidente: á alguno acosan; pero ¿á quién?"—Y de pronto, saltando como si el espadín que abajo consumaba la ejecución del asqueroso bicho le hubiese atravesado á él los riñones, exclamó:—"¡Caramillo! Ahí gritan *¡muera!* ¡Se me eriza el cabello! ¡Ah!

no en vano decía yo que aquí hay más que una inocente tertulia. Aquí se conspira; aquí... se llega hasta el crimen.„—Y al escuchar una voz que desde abajo dijo clara y distintamente: —"Ya murió,„—el pobre hombre, tan sorprendido como si no acabase de anunciarlo, se quedó absorto, paralizado de horror.

Hay que insistir en que las potencias intelectuales del señor del Morrión habían ido debilitándose mucho con la edad, pues de otro modo no era posible que dejase de comprender, reflexionando serenamente, lo que bajo sus piés acontecía. Pero la edad enflaquece el juicio, y á Don Pedro se le caían, de puro viejo, los calzones.—Es indecible la trágica impresión que produjeron en su espíritu aquellos "mueras„ y aquel "ya murió,„ oídos resonar entre el silencio nocturno, en un caserón fantásticamente grande, donde cualquier ruido se agiganta y cualquier hecho se dramatiza. Don Pedro se acostó calenturiento y tiritando de fiebre: no pudo pegar ojo en toda la noche; lidió con mil pensamientos, de rencor y venganza los unos, de hi-

dalguía los otros; hasta que á la siguiente mañana, apenas despachado el mezquino desayuno y vestídose el gabán de paño pólvora y tomado el bastón de muleta, bajó las escaleras y llamó con energía á la puerta de su enemigo.

¡Momento solemne en la existencia de entrambos! No se habían hablado nunca: no se conocían el metal de voz: y cuando Don Juan vino á abrir en persona, porque la criada había salido al mercado, los adversarios y antiguos rivales se miraron con el estupor consiguiente á aquella rara entrevista. Don Juan parecía una visión del otro mundo en el negligé matutino, con su elástica de franela amarilla, su gorro negro y sus babuchas; y Don Pedro, al acercársele, sintió una mezcla de aborrecimiento, de asombro y, fuerza es decirlo, de consideración involuntaria. No obstante, entró con paso marcial, sin saludar más que por medio de un "felices días„ seco y áspero. Pasó al salón, y ante el silencio orgulloso é interrogador de Don Juan, que le miraba con altanería, perdió el aplomo, turbóse y balbuceó:

—Ya comprenderá V. el objeto de mi visita... Hay cosas que le ponen á uno en compromisos muy serios... ¡muy serios! Cuando uno es caballero y lo ha sido toda su vida... El papel de delator es odioso... Y al mismo tiempo, la conciencia y los deberes de ciudadano y de hombre honrado... ¡de hombre honrado!, porque me precio de serlo...

—Haga V. el favor de explicarse inmediatamente—pronunció Don Juan, que estaba purpúreo, y cuyas masas de carne temblaban como gelatina puesta en plato.

—Que... Que si V. sigue celebrando aquí reuniones sediciosas que den lugar á escenas tan horribles como la de anoche, con mucho ¡con mucho! sentimiento mío me veré precisado á a... a... delatarle á las autoridades. Ya lo sabe V., ea; ya lo sabe V... ya lo sabe. La ley ante todo... la ley. Se inclinarán Vds. ante la ley... mal que les pese. Tendrán Vds. que disolverse y... que respetar el orden establecido.

Todo el cuerpo de Don Pedro vibraba á impulsos de la pasión interior; sus pupilas centelleaban, sus labios se contraían convulsos, sus mejillas estaban lívidas. Por impulso unánime los dos viejos se levantaron, y andando un par de pasos trágicamente, se quedaron á muy poca distancia el uno del otro. Se comían con la vista, y sus puños se crispaban. Al fin Don Juan rompió á hablar, trabándose de lengua:

—¿Con que... con que V. me toma en boca... á la ley? ¿A la ley... eh? V... liber... libertino... la ley... la ley... ¿Y qué ley reconoce un difamador... ateo como V.? ¿Eh? ¡La ley del... del cerdo!

—Y V... hipócrita... ¿por qué llama á los demás ateos?... Creemos en Dios... más que V. ¡V... bajo esa capa de religión, encubre... delitos, delitos como el de anoche! ¡Ateos nosotros... los liberales de... siempre! ¡Nosotros no somos capaces de... acogotar á... á un ser humano! ¡No somos a... asesinos!

—¿A quién... á quién he asesinado yo... calumniador, disoluto?

La verdad es que Don Pedro no lo sabía, á pesar de lo cual, penetrado de su

razón, se empinó en las puntas de los piés, porque no era muy alto, cerró los puños, y hecho ya una fiera, anduvo, anduvo, anduvo hasta metérselos á Don Juan por la cara... Y con voz que tenía todo el timbre de los años verdes, gritó:

—¿Que á quién? ¡A la libertad... y... á... á tu santa esposa... mamarracho!

Una pálida criatura, ya reducida á polvo, surgió de repente entre los dos hombres: ¡quién le dijera que aún podían acordarse de ella en el mundo de los vivos! y Don Juan, enarbolando una silla, aulló más que contestó:

—¡Yo te daré la esposa... seductor, ladrón de honras ajenas!

Al querer descargar el silletazo, las fuerzas del viejo le hicieron traición, y enredándose en los piés, cayó de bruces, desplomado contra el suelo.

.....

Dad un empujón al muro vetusto y ruinoso y se vendrá á tierra. Así sucedió á aquel par de estantiguas. Ninguno de los dos pudo resistir la descarga eléctrica del odio acumulado tantos años. Casi el mismo día enfermaron y se encamaron para no levantarse más. Una diferencia curiosa hubo, sin embargo, entre sus últimos instantes, y es preciso consignarla para dar á cada uno lo suyo, según manda la justicia. Apenas vislumbró Don Pedro que la cosa iba de veras, llamó á un sobrino suyo, única persona que velaba á su cabecera, acaso atraído por el olor del testamento, y murmuró á su oído con gran misterio y humildad, como quien pide una gollería:

—Anda á buscarme... un confesor.

—Tío, ¡qué disparate! No parece sino se va V. á morir mañana.

—Que me busques un confesor te digo... y basta que yo lo diga, que ahora no es ocasión de bromas. Mira... tal vez esté ocupado el cura de la parroquia... Si está... me traes... me traes... aunque sea... aunque sea un jesuíta... Ahí cerca creo que viven.

Un jesuita vino, en efecto, y él preparó aquel alma para salir, sin duda alguna, á vida mejor y más hermosa. Cuando el Padre se encontraba enfrascado en su

santa faena, haciendo repetir al moribundo los actos de fe, llamóle precipitadamente á la antesala un tertuliano de los más fieles de Don Juan, que venía afligidísimo, pues á vueltas de diabluras y judiadas habían llegado todos á cobrar al patriarca un apego y cariño piadoso.

—Se nos va por la posta—dijo el tertuliano, que no era sino Mosquera.—Tememos que no pase de esta noche; y mire V., Padre, por más raro que á V. le parezca, nos encontramos con que no hay medio de meterle en la cabeza que debe confesarse. Ni indirectas del Padre Cobos, ni directas, ni nada sirve con él; indudablemente que era muy buen cristiano y su conciencia estará limpia; pero de todas maneras, como ésta es la de vámonos...

—Comprendo y no me admira eso tanto como Vds. imaginan—cuchicheó el hijo de Loyola.—Bajaré en cuanto me sea posible, y ya se arreglará el asunto; pero en este instante...

Y con la cabeza señaló hacia la alcoba de donde acababa de salir.

—¿Y... ese?—preguntó Mosquera.

—¡Ah! Perfectamente, gracias á Dios... perfectamente. En realidad puedo decirlo... una muerte edificante. Con permiso de V.... Allá me vuelvo.

La sábana mortuoria cubría ya la faz de Don Pedro, cuando el confesor empezó á trastear á Don Juan para hacerle entender que era ocasión de prepararse para el viaje eterno, del cual nadie ha regresado; y el ejemplo y el fin del miliciano nacional fué asunto de la exhortación con que dispusieron á bien morir al ojalatero absolutista. Costóle mucho trabajo; pero al fin no tuvo remedio sino enterarse de la más desagradable noticia: desagradable siempre, hasta á los ochenta, hasta en el fondo de un calabozo, hasta al que nada espera ni de nada sirve, que tal es la ley natural y ninguno puede eludirla.

Don Pedro y Don Juan fueron enterrados, con diferencia de horas, en dos nichos contiguos, queriendo la suerte que ni en el cementerio separasen morada. Atravesando el tabique que los aisla, ¿riñen todavía sus espíritus? Al sentirse tan

cerca, ¿crujen de rabia sus huesos en el fondo del ataúd?

Bien quisiera saberlo... y también quisiera sospechar qué diría Don Juan Boina, si levantase cabeza, de la cisma que se ha movido entre los tradicionalistas desde hace un año. ¿Seguiría á la progenie de Robledal ó á Don Carlos de Borbón?

LAS TAPIAS DEL CAMPO SANTO

ENTRE todas las tiendas de que se compone el comercio marinedino, la más humilde, anticuada y estacionaria es la de Bonaret el quincallero. Increíble parece que el patrón de aquel zaquizamí sea un mestizo de francés y catalán, dos razas tan mercantiles y emprendedoras. Acaso la explicación del problema consista en que dos fuerzas iguales, al encontrarse, se neutralizan.

Para el observador no carece de interés—de interés simpático—la tienda de Bonaret. Contrastando con los magníficos vidrios abiselados, los relucientes bronces, las claras bombas de cristal raspado y las barnizadas anaquelerías, que